

EL ECO DE LA LIBERTAD

De las sombras del pasado a la melodía de las naciones

ALBERTO Y MAIRA

PiedraVivaWorship-GP

Edición maestra narrativa en español · 6 de octubre de 2026

NOTA DE EDICIÓN

Obra de ficción realista inspirada en acontecimientos, experiencias y testimonios reales. Algunos nombres, diálogos, lugares y circunstancias han sido recreados con fines narrativos.

Esta edición maestra integra el manuscrito narrativo consolidado hasta el 6 de octubre de 2026. Los acontecimientos espirituales se narran como experiencias, recuerdos e interpretaciones de Alberto, Maira y otros testigos. No se presentan como sustituto de documentación médica, jurídica o histórica.

Antes de una publicación comercial deberán cotejarse nombres, fechas, referencias médicas, circunstancias jurídicas, citas bíblicas, procedencia de documentos, autorizaciones familiares y permisos para audios o voces de terceros.

PREFACIO

ANTES DE ESCUCHAR EL ECO

Esta historia nació de una pregunta sencilla: ¿qué queda de una vida cuando pasan los años?

Quedan recuerdos, desde luego. También fotografías, documentos, objetos y nombres. Pero quedan, sobre todo, ecos: palabras que todavía vuelven, heridas que intentan repetirse, gestos que una generación entrega a la siguiente, canciones que sobreviven a la habitación donde nacieron.

El Eco de la Libertad es una obra de ficción realista inspirada en experiencias, acontecimientos y testimonios familiares. Alberto y Maira son el centro narrativo de una historia que atraviesa infancia, ruptura, matrimonio, prisión, enfermedad, fe, provisión, migración, música y legado.

No se ha escrito para presentar una familia perfecta ni para ofrecer una fórmula religiosa. En estas páginas aparecen errores reconocidos, heridas que no se justifican, decisiones que tuvieron consecuencias y experiencias espirituales que los protagonistas interpretaron desde su fe cristiana.

Cuando se narran recuperaciones médicas, visiones, respuestas a la oración u otros acontecimientos extraordinarios, el libro distingue entre lo que ocurrió, lo que los testigos dijeron haber experimentado y la interpretación espiritual que Alberto y Maira hicieron de ello.

Tampoco se pretende contar todo. Una vida completa no cabe en un libro. Se han escogido los episodios que mejor muestran un recorrido: del temor al perdón, de la ruptura a la permanencia, del silencio a la voz, de una casa a otras naciones.

La música atraviesa todo el relato porque también atravesó la vida de Alberto. Primero llegó desde un tocadiscos y una radio distante. Después apareció en el llanto de una iglesia, en una guitarra familiar, en grabaciones de teléfono y, finalmente, en un repertorio que encontró casa bajo el nombre PiedraVivaWorship-GP.

Por eso este libro no termina únicamente en la última página. Su edición multimedia está concebida para que algunas canciones puedan acompañar determinados capítulos y para que ciertos archivos familiares permitan escuchar, no solo leer, parte de la memoria.

Antes de entrar, una sola invitación:

escucha también los silencios.

A veces allí comienza el eco.

ÍNDICE

PARTE I — EN LAS SOMBRAS DEL TEMOR

1. El Eco en la Penumbra
2. El Viento de la Ruptura
3. Sombras y Resistencia

PARTE II — LA LUZ Y LA TRANSFORMACIÓN

4. La Búsqueda Errante
5. Un año y cuatro meses
6. El Toque Inesperado
7. El Desierto y la Majestad

PARTE III — EL ALTAR Y LOS MILAGROS EN FAMILIA

8. El Altar de la Madrugada
9. La Mesa de la Provisión
10. La Fuerza de lo Imposible

PARTE IV — LA MELODÍA DE LAS NACIONES

11. La Voz del Ángel
12. Sal de tu Tierra
13. El Eco de la Libertad

EPÍLOGO — EL ECO CONTINÚA

PARTE I — EN LAS SOMBRAS DEL TEMOR

1. EL ECO EN LA PENUMBRA

Alberto aprendió muy pronto que una casa podía estar llena de personas y, aun así, guardar demasiado silencio.

La casa de su infancia tenía pasillos largos, puertas que parecían separar mundos y una disciplina que, vista desde los ojos de un niño, podía confundirse con temor. Su madre era una mujer severa. Había aprendido a sobrevivir antes de aprender a explicar sus emociones y, sin proponérselo siempre, trasladaba esa dureza al hogar. Alberto medía sus respuestas, observaba los estados de ánimo y aprendía a callar antes de equivocarse.

En la escuela era reservado. Miraba más de lo que hablaba. Mientras otros niños parecían moverse con naturalidad, él había desarrollado una atención casi defensiva: escuchar, esperar, calcular. Sin saberlo, estaba convirtiendo el silencio en una armadura.

Pero había una puerta distinta. La música.

En la casa existía un viejo tocadiscos RCA Victor. Alberto podía permanecer cerca de él como quien visita otro país. El sonido llenaba las habitaciones y por unos minutos algo cambiaba. Ya no importaban los corredores ni las órdenes. La música creaba un espacio interior en el que podía respirar.

Su madre le regaló también un pequeño saxofón de plástico. No era un instrumento verdadero, pero para un niño podía ser suficiente. Lo llevaba a la boca, imaginaba melodías y convertía la sala en escenario.

Una de las escenas que permanecería con él ocurrió junto a su hermana menor. Tenían alrededor de diez años. Habían descubierto los versos de José Martí en La Edad de Oro y dramatizaban “Los dos príncipes”. Ella recitaba, él acompañaba con aquel saxofón de juguete, y las palabras llenaban la casa:

“El palacio está de luto, y en el trono llora el rey...”

No comprendían todavía toda la tristeza de aquellos versos. Pero la sentían. Jugaban a representar una historia de duelo y, al hacerlo, quizá estaban aprendiendo sin saberlo que la palabra y la música podían contener emociones que un niño no sabía explicar.

Por las noches aparecía otro sonido. Desde alguna distancia llegaba una radio. La señal no siempre era clara. A veces una melodía aparecía y se perdía; otras regresaba durante unos segundos. Alberto se acercaba a la ventana e intentaba escuchar mejor.

¿De dónde venía aquella música? ¿Quién estaba cantando? ¿Cómo podía una voz atravesar casas, calles y oscuridad hasta llegar precisamente a su cuarto?

No tenía respuestas. Solo escuchaba.

Mucho después comprendería que algunas melodías no desaparecen. Se quedan esperando. Esperando el momento en que el corazón esté preparado para volver a escucharlas.

Entonces no podía saberlo. Era apenas un niño junto a una ventana.

Pero ya había comenzado el primer eco.

2. EL VIENTO DE LA RUPTURA

La severidad de la madre de Alberto no había nacido de la nada. Provenía de una historia de pobreza, migración caribeña, escasa educación formal y una vida en la que sobrevivir había exigido más control que ternura. Comprenderlo años después no borraría las heridas, pero impediría que Alberto la redujera a una caricatura.

La casa era grande y estaba llena de tensiones. Había hermanas adolescentes, discusiones y una relación matrimonial que se deterioraba. Frente a la dureza de su madre, el padre representaba otro registro: trabajador, sereno, capaz de sentarse con Alberto y hablarle de historia antigua, pueblos, guerras, culturas y relatos que abrían ventanas más allá de la casa.

Alberto admiraba aquellas conversaciones. Con su padre aprendió que el mundo era más grande que el conflicto doméstico.

Pero el mundo doméstico terminó por romperse.

A los catorce años vio a su madre preparar sus cosas y marcharse. El divorcio dejó de ser una palabra que pertenecía a otros. Ahora tenía dirección, habitaciones y un lugar vacío.

Alberto permaneció con su padre. La casa cambió de sonido. El muchacho que ya sabía callar aprendió una nueva lección: no necesitar demasiado. Si las personas podían irse, tal vez la mejor defensa era depender menos de ellas.

La radio continuaba allí. También la música. A veces las canciones llenaban el espacio que dejaban las conversaciones ausentes. El verso de Martí —aquel palacio de luto— regresaba de otro modo. Ya no era un juego infantil. Alberto sabía ahora que una casa podía estar de duelo sin llevar vestidos negros.

Con los años, la autosuficiencia se convirtió en fortaleza. Y la fortaleza, poco a poco, en rigidez.

El muchacho aprendió a resolver. A no llorar. A controlar. A sostenerse.

No entendía todavía que una armadura puede proteger a un niño y, al mismo tiempo, aprisionar al hombre en que ese niño se convierte.

El viento de la ruptura había pasado por su casa.

Y su eco aprendería a hablar con otras voces.

3. SOMBRAS Y RESISTENCIA

Desde pequeño Alberto había conocido períodos de fiebre, malestares y fragilidad física. Su madre, buscando soluciones desde las creencias que conocía, lo llevó en ocasiones a prácticas sincréticas y ambientes espirituales que el niño no comprendía.

Recordaría humo, cera, penumbra, altares, tambores y adultos hablando con una seguridad que a él le producía temor. Años después sería cuidadoso al contar aquello. No necesitaba convertir a quienes practicaban esas tradiciones en villanos. Su madre actuaba desde sus convicciones. Pero para el niño que él era, aquellas experiencias quedaron asociadas al miedo.

La música volvió a funcionar de manera paradójica. Había sonidos que lo liberaban y otros que lo encerraban. La radio y el tocadiscos abrían espacio; ciertos tambores de aquellas ceremonias activaban la necesidad de escapar.

A los doce años, mientras estaba castigado en su cuarto, salió por una ventana para jugar. En algún momento creyó ver una figura relacionada con uno de los ídolos o imágenes que conocía del ambiente familiar. Se paralizó. Retrocedió y volvió a entrar.

Nunca pudo demostrar qué había ocurrido. ¿Una visión? ¿El miedo acumulado? ¿Una asociación infantil? No lo sabía. Solo sabía que para aquel niño fue real y que regresó a su habitación con una certeza física: quería estar lejos de aquello.

Con el tiempo decidió fortalecer el cuerpo. El ejercicio y el deporte se convirtieron en herramientas para vencer la sensación de fragilidad. Cada músculo ganado parecía una victoria contra el niño enfermizo.

Funcionó. Alberto se hizo más fuerte.

Pero otra transformación ocurrió en paralelo. La disciplina física reforzó también la idea de que todo podía controlarse mediante voluntad. Si algo dolía, se soportaba. Si algo amenazaba, se enfrentaba. Si alguien cuestionaba, se endurecía.

La resistencia que había sido necesaria comenzó a convertirse en carácter.

Y el carácter, en ciertos momentos, repetía sin querer los ecos de autoridad que él mismo había sufrido.

Todavía no lo veía.

Aún faltaban muchos años para comprender que sanar no sería simplemente hacerse más fuerte.

En algún momento tendría que aprender también a rendirse.

PARTE II — LA LUZ Y LA TRANSFORMACIÓN

4. LA BÚSQUEDA ERRANTE

Alberto entró en la vida adulta convencido de que la fortaleza y el control podían resolver casi todo.

Quería una familia. Quería construir aquello que había echado de menos. Sin embargo, las heridas de la infancia no desaparecen porque una persona firme un acta de matrimonio. Viajan con ella. Se convierten en reacciones, silencios, formas de exigir, formas de huir.

En su primer matrimonio nació su hijo mayor. La paternidad despertó en Alberto un deseo sincero de hacerlo mejor. Pero también llegó una etapa de inmadurez espiritual y moral que años después contaría sin excusas.

Fue infiel.

La palabra le dolería siempre porque no podía atribuirla al divorcio de sus padres ni a la dureza de su infancia. Aquellas heridas explicaban algunas zonas de su carácter. No justificaban sus decisiones. Alberto había elegido y la elección tuvo consecuencias.

El matrimonio terminó.

De pronto se encontró en el lado adulto de una historia que había sufrido como hijo. Recordó la casa de su adolescencia, la salida de su madre, el vacío. Ahora existía también un hijo suyo dentro de una estructura familiar rota.

El dolor no convirtió a su primera esposa en enemiga. Tampoco a su hijo en símbolo del fracaso. Su hijo era una vida amada nacida en aquella etapa. Pero la ruptura obligó a Alberto a enfrentarse a una pregunta que había evitado: ¿estaba repitiendo aquello que tanto le había herido?

Entonces apareció Maira.

Ella también conocía la fractura desde dentro. Sus padres se habían divorciado cuando era niña. Ella misma venía de un matrimonio terminado. Dos historias heridas se encontraron sin saber todavía si podían construir una historia diferente.

No hubo magia.

Hubo decisión.

Alberto y Maira comenzaron a comprender que permanecer juntos no consistiría únicamente en conservar un matrimonio. Se trataba de detener una herencia.

Aprendieron a conversar. A fallar y volver. A perdonar. A reconocer que una familia no se conserva por ausencia de tormentas, sino cuando, en medio de ellas, dos personas recuerdan por qué decidieron permanecer en la misma barca.

Los años trajeron también dolor físico. La espalda de Alberto comenzó a fallar. El problema lumbar se volvió severo. Hubo medicamentos, restricciones y dificultades para trabajar. A esa etapa se sumó la pérdida de empleo.

El hombre que había construido su identidad alrededor de la capacidad de resolver descubría que el cuerpo podía poner límites que la voluntad no podía negociar.

Y cuando la incertidumbre parecía acumularse, llamaron a la puerta.

Dos jóvenes.

Una de ellas preguntaría:

—¿Usted es Alberto?

La historia estaba a punto de cambiar.

Pero antes había ocurrido algo que todavía faltaba contar.

5. UN AÑO Y CUATRO MESES

Antes de que las misioneras tocaran a su puerta, antes de la Biblia abierta durante horas y antes de que Alberto descubriera que podía llorar delante de Dios sin avergonzarse, hubo una etapa de su vida difícil de nombrar.

La prisión.

Alberto tuvo que cumplir una condena. Años después seguiría considerando que existían aspectos de aquella justicia humana que deseaba ver esclarecidos, pero la realidad material era indiscutible: la puerta se cerró detrás de él y tuvo que permanecer dentro.

Para un hombre acostumbrado a controlar, la prisión era lo contrario. Horarios ajenos. Puertas que no podía abrir. Espacios delimitados. Decisiones reducidas a lo mínimo.

El golpe no cayó solo sobre él.

Maira quedó afuera con los hijos, la casa y las necesidades. Le tocó multiplicarse: madre, padre en numerosas decisiones, administradora, sostén emocional y económico. Los niños seguían necesitando escuela, alimentos, límites, consuelo y rutina aunque la familia estuviera atravesando una tormenta.

Fue durante aquel tiempo cuando llegó una hoja de papel.

Su hermana mayor había comenzado a abrazar la fe con convicción. Entre las cosas que utilizaba en su vida devocional estaba La Buena Semilla, un calendario bíblico publicado por Ediciones Bíblicas, en Suiza.

Su hermana sabía que el 24 de noviembre de 2013 Maira lo visitaría en la prisión.

Era el cumpleaños de Alberto.

Movida por el cariño, la fe y ese impulso interior que a veces lleva a una persona a hacer algo sin comprender todavía todo su alcance, preparó una pequeña carta para su hermano.

Pero no envió solamente la carta.

De su propio calendario devocional separó una hoja correspondiente también a un 24 de noviembre, pero de 2011.

El texto de aquel día hablaba de David, cansado de huir de Saúl, buscando refugio entre los filisteos. La lectura remitía al capítulo 27 del primer libro de Samuel.

Su hermana arrancó la página, la colocó junto a la carta y se las entregó a Maira para que las llevara durante la visita.

Maira fue el puente.

Y así, en medio de la prisión, Alberto recibió dos cosas sencillas: la voz escrita de una hermana y una página arrancada de un devocional.

Primero leyó la carta.

Después leyó la hoja.

David huyendo.

Saúl persiguiéndolo.

Tierra extraña.

Temor.

Refugio.

Espera.

Alberto guardó aquella página.

No quiso desprenderse de ella.

La doblaba. La abría. La volvía a leer. Entre tantos objetos prescindibles, aquella hoja terminó convirtiéndose en compañía.

En ese momento no conocía la Biblia como llegaría a conocerla después. Tampoco construyó una explicación teológica alrededor de lo ocurrido. Simplemente sintió que aquella palabra debía permanecer con él.

Los meses avanzaron. Alberto pensó en su infancia, en sus padres, en su primer matrimonio, en su hijo, en Maira y en los hijos que ella sostenía afuera. El encierro exterior lo obligaba a mirar también otras prisiones: orgullo, dureza, decisiones mal tomadas y temores que todavía gobernaban partes de su vida.

Maira continuaba visitando cuando podía. Traía noticias, necesidades, pequeñas victorias y relatos de los niños. Alberto comenzó a admirarla desde otro lugar: desde la imposibilidad de sustituirla. La veía sostener lo que ambos habían decidido no dejar caer.

Y la página seguía allí.

Con el tiempo, aquella lectura lo empujó a profundizar por sí mismo en el capítulo bíblico. Ya no se quedó solamente con el devocional. Volvió a 1 Samuel 27 y examinó la historia completa.

Entonces encontró un detalle que lo detuvo:

Un año y cuatro meses.

Era la medida de tiempo que 1 Samuel 27:7 señala para la permanencia de David en tierra de los filisteos.

Alberto volvió a leerlo.

Un año.

Y cuatro meses.

Cuando pudo mirar su propia estancia en prisión como un período completo, la medida coincidía con la suya.

No se comparó con David. Las historias eran diferentes. Tampoco pensó que aquella hoja hubiera anunciado mecánicamente su futuro.

Pero la correspondencia quedó grabada en él.

Años después todavía meditaba en aquello como una respuesta del Todopoderoso.

Para alguien que mirara desde afuera podía ser una coincidencia. Alberto no necesitaba obligar a nadie a interpretarla como él. Para él, sin embargo, había sido una de esas experiencias en las que la Palabra, las personas y el tiempo parecían encontrarse de una manera demasiado íntima para quedar reducida a una casualidad sin significado.

Su hermana había actuado desde el amor y la fe. Había sentido el impulso de escribir una carta y enviar aquella página precisamente para la visita de su cumpleaños.

Maira había llevado el mensaje.

Y Alberto, primero dentro de la prisión y luego profundizando en las Escrituras, había encontrado una medida de tiempo que terminaría acompañándolo durante el resto de su vida.

De aquella experiencia nació una convicción que después reconocería muchas veces: Dios podía servirse de sus siervos como mensajeros y utilizar afectos, intuiciones, preocupaciones y decisiones profundamente humanas para hacer llegar una palabra en el momento preciso.

No anulando lo humano.

Usándolo.

Una hermana que piensa en su hermano.

Una esposa que lleva una carta.

Una página escrita años antes.

Un preso que la conserva.

Y una Escritura antigua que, en otro tiempo y en otras circunstancias, termina hablando de una manera personal.

Para Alberto, aquello era parte del misterio de cómo Dios habla en el tiempo.

Al salir de prisión, no era todavía un hombre completamente transformado.

La libertad física no resolvió automáticamente su interior. Muy pronto llegaron la enfermedad, el dolor de espalda, la pérdida de seguridad laboral y la sensación de haber abandonado un encierro para entrar en otro.

Pero algo había salido con él.

Una carta.

Una página.

Una palabra.

Una pequeña abertura de fe.

Mucho antes de que alguien tocara a su puerta, el cielo —así lo interpretaría años después— ya le había dejado una semilla.

6. EL TOQUE INESPERADO

El dolor lumbar se había convertido en compañero. Alberto conocía ya la manera de levantarse evitando ciertos movimientos, la forma de sentarse, la precaución al cargar peso. También conocía el efecto de los medicamentos y la frustración de depender de ellos.

La pérdida del trabajo agravó todo. Había salido de prisión, intentaba reconstruir la vida y ahora el cuerpo parecía recordarle a cada paso que no tenía el control.

Entonces llamaron a la puerta.

Eran dos jóvenes misioneras. Una de ellas, a quien en la narración llamaremos Daniela, lo miró y preguntó si él era Alberto.

Él respondió que sí.

La joven explicó que había tenido un sueño o una impresión espiritual en la que aparecía su nombre y que alguien en aquella casa padecía un dolor fuerte en la columna.

Alberto se mantuvo cauteloso. Había conocido suficientes experiencias religiosas como para no entregarse fácilmente a cualquier afirmación.

Las jóvenes pidieron permiso para orar.

No hubo espectáculo. No hubo rituales. No hubo tambores ni objetos. Solo palabras sencillas.

Mientras oraban, Alberto sintió calor en la zona de la espalda. Después se movió.

Probó con prudencia.

Volvió a moverse.

El dolor que había esperado encontrar no apareció de la manera acostumbrada.

No podía explicar el mecanismo. No sabía qué habría dicho un médico acerca de aquel momento. Solo sabía lo que había sentido antes y lo que sentía ahora.

Las misioneras dejaron una Biblia.

Después se fueron.

Durante los días siguientes Alberto hizo algo muy propio de su carácter: comprobó. Se agachaba. Se movía. Esperaba la punzada conocida. Le costaba aceptar que no llegara.

Al mismo tiempo comenzó a leer.

La Biblia que había recibido dejó de ser un objeto religioso y comenzó a hacerle preguntas. ¿Quién era ese Dios? ¿Qué tenía que ver con el hombre que él había sido? ¿Qué significaba perdonar, rendirse, obedecer?

Las jóvenes continuaron visitando.

En una de aquellas conversaciones, Daniela le dijo algo que parecía desproporcionado: llegaría un momento en que tendría tantos trabajos que no sabría cuál escoger.

Alberto estaba desempleado. La frase parecía casi absurda.

Pero un día, mientras buscaba trabajo, recibió tres oportunidades laborales en la misma jornada.

Regresó a casa sorprendido y se lo contó a Maira.

Escogió una.

Años después contaría que desde entonces no volvió a experimentar la ausencia de trabajo de la misma manera y lo interpretaría como parte de la provisión de Dios.

Las misioneras también lo invitaron a una iglesia metodista.

La primera vez que entró, Alberto no estaba preparado para lo que le ocurriría.

Comenzó la adoración.

Un grupo cantaba.

Y el hombre fuerte empezó a llorar.

No con discreción. Lágrimas, respiración quebrada, el intento inútil de mantener la compostura. Se preguntaba qué hacía él llorando de aquella manera. Imaginaba que todos lo miraban.

Pero el domingo siguiente ocurrió otra vez.

Y después otra vez.

Grabó algunas de aquellas canciones y comenzó a escucharlas en casa. La música que durante su infancia le había servido para escapar ahora lo llevaba hacia lo que había evitado durante años.

Alberto lloraba.

Y algo dentro de él comenzaba a aflojarse.

7. EL DESIERTO Y LA MAJESTAD

La lectura de la Biblia se convirtió en hábito. Alberto todavía tenía más preguntas que respuestas, pero las páginas comenzaron a acompañar las madrugadas, los trabajos y los silencios.

Un día encontró una frase del Evangelio de Mateo: “Ponte de acuerdo con tu adversario pronto...”.

Mientras leía, sintió una experiencia física difícil de describir. El cuello y la cabeza parecieron quedar inmóviles, no por dolor, sino por una sensación de peso o presencia. Las lágrimas regresaron.

El texto dejó de referirse a otros.

Alberto comenzó a pensar en su propia responsabilidad.

Su madre.

El divorcio de sus padres.

La dureza que había heredado.

Su primer matrimonio.

La infidelidad.

Las personas heridas.

La facilidad con la que durante años había usado el sufrimiento como explicación de sus reacciones.

Comprendió algo incómodo: las heridas explican; no absuelven.

Pronunció una palabra que antes le costaba:

—Perdóname.

Después comenzaron nombres, situaciones y recuerdos.

No podía regresar al pasado ni borrar consecuencias. Pero podía reconocer. Pedir perdón. Reparar cuando fuera posible. Cambiar la manera de vivir desde ese día.

Maira empezó a notar pequeños signos.

—Me equivoqué.

—Perdóname.

—Vamos a hablar.

Frases breves, pero para un hombre formado en el control podían significar una transformación profunda.

En otra etapa de oración, Alberto tuvo una visión que describiría durante años con la misma imagen: un desierto inmenso y silencioso; una figura colosal vestida con ropas antiguas y sandalias; él, diminuto, arrodillado junto al pie derecho.

Reconoció a Jesucristo.

No recibió un largo discurso. La experiencia era el mensaje.

Escala.

Majestad.

Pequeñez.

Y, sorprendentemente, paz.

En la infancia, determinadas experiencias espirituales lo habían impulsado a huir. Ahora la reverencia no producía el mismo miedo. Quería permanecer.

Comprendió que ser fuerte no significaba tener el control.

Y que sanar, en ocasiones, significaba rendirse.

En aquellos primeros tiempos de su conversión llegó también otra experiencia que Alberto conservaría durante años. Entre el sueño y el despertar vio ante sí un gran letrado. No contenía una frase larga. Solo una referencia: ISAÍAS 41.

Alberto apenas comenzaba a conocer la Biblia y aquel libro todavía le resultaba casi nuevo. Buscó el capítulo. Al leerlo encontró un mensaje que sintió dirigido precisamente a su necesidad de fortaleza: no temer, porque Dios estaba con él; confiar en que sería fortalecido y sostenido.

Aquello no resolvió de una vez todas sus preguntas. Le dio algo distinto: ánimo para continuar. Con el tiempo, Isaías 41 quedaría unido a su memoria espiritual y terminaría también inspirando un canto.

Alberto empezó a reconocer un patrón que se repetiría en su camino: a veces llegaba primero una imagen o una palabra; después venía la Escritura; y solo con el tiempo comprendía plenamente por qué había llegado.

Tiempo después, aquella visión encontró una segunda forma de permanecer: una canción.

El 15 de mayo de 2020, durante un viaje desde la capital del país hacia su provincia natal, Alberto volvió interiormente a aquel desierto. De esa memoria nació Te vi Jesús.

La letra conservó los elementos esenciales de la experiencia: él arrodillado, los pies calzados, el manto, la figura inmensa y la súplica de no atravesar el desierto solo.

No entendía la canción como una prueba para convencer a otros de lo que había visto. Era su manera de conservarlo: memoria convertida en oración.

A partir de entonces la fe comenzó a buscar una forma cotidiana. No grandes experiencias todos los días. Una disciplina.

Una hora.

De cinco a seis de la mañana.

PARTE III — EL ALTAR Y LOS MILAGROS EN FAMILIA

8. EL ALTAR DE LA MADRUGADA

El despertador sonaba temprano.

Cinco de la mañana.

No todos los días eran extraordinarios. Había cansancio, frío, sueño, preocupaciones laborales y ocasiones en que las palabras parecían pobres. Pero Alberto y Maira fueron protegiendo aquella hora.

Oraban. Agradecían. Pedían por los hijos. Hablaban de decisiones. Y también aprendían a regresar el uno al otro después de los desacuerdos.

El altar no eliminó las discusiones. Les dio un lugar donde volver.

A veces la oración más importante era simplemente:

—Perdóname.

Los hijos crecieron sabiendo que sus padres se levantaban temprano. Aunque no participaran siempre, aquel hábito formaba parte de la arquitectura invisible de la casa.

La vida de oración también había enseñado a Alberto que la fe no podía separarse del amor cotidiano hacia Maira.

En una ocasión, precisamente un día de su propio cumpleaños, Alberto tuvo que viajar desde su ciudad natal hacia la capital del país. Una vez más dejaba a Maira en casa con los muchachos, ya algo mayores.

A medida que avanzaba por la carretera, la recordaba con una mezcla de gratitud y nostalgia. Cerca del kilómetro cien del recorrido, pensó en ella con especial intensidad y comenzó a orar. Le pidió al Señor que lo ministrara y le regalara una canción para su esposa, una manera de honrarla aun desde la distancia.

A los pocos minutos comenzaron a brotar las primeras frases. No llevaba un plan de composición ni estaba buscando una melodía por ejercicio. El cántico fue naciendo durante el trayecto, como una oración que tomaba forma de canción.

La llamó Mujer de Dios.

No nació como encargo ni como ejercicio de composición. Fue una manera de agradecer la mujer que había permanecido a su lado, de honrar su clamor, su fidelidad y la familia que ambos seguían levantando. Algunas frases tenían la intensidad de las declaraciones de fe que surgían espontáneamente en Alberto; él no las entendía como una garantía mecánica contra el dolor, sino como oración y confianza.

Años más tarde, al revisar sus archivos, comprendió que Maira no había sido solamente testigo de las canciones. También había sido parte de su materia más íntima.

Una madrugada la oración tomó el nombre de Alina, la hermana menor de Alberto.

Vivía en Estados Unidos desde hacía muchos años. Había sufrido un accidente automovilístico en una carretera helada. El vehículo volcó y ella padeció una lesión cervical.

Alberto estaba en otro país. La distancia convertía la preocupación en impotencia. Cerca del final de la hora de oración, profundamente quebrantado, pidió algo muy sencillo: —Señor, yo quiero escuchar la voz de mi hermanita.

Habían pasado apenas unos diez minutos cuando terminó la oración y comenzaron a prepararse para el trabajo. Alberto estaba en la cocina. Maira se aseaba.

Sonó el teléfono fijo.

—Mi amor, el teléfono suena —dijo Alberto.

Maira contestó y de inmediato gritó:

—¡Papi, ven, corre! ¿A que tú no sabes quién llama?

Alberto supo.

—Es mi hermanita. ¿Alina?

Era ella.

La primera vez que llamaba directamente a aquel apartamento de esa manera.

Alberto tomó el teléfono.

—No hace apenas diez minutos que le pedí al Señor que quería hablar contigo.

Alina quedó sorprendida. Le explicó que de pronto había sentido un deseo intenso de llamarlo.

Hablaron durante veinte o treinta minutos sobre el accidente y la recuperación.

Alberto interpretó aquel momento como respuesta de Dios. Con el tiempo usaría incluso la imagen del ministerio angelical, «más rápido que un celular», pero conservaría la esencia: había pedido escuchar una voz y el teléfono sonó.

No todas las respuestas llegaron así de rápido.

Una de las más largas y profundas tuvo que ver con su madre.

Durante años Alberto y Maira oraron por ella. Con el tiempo él logró verla también como mujer: marcada por la pobreza, formada en otra época y heredera de sus propias heridas. Comprenderla no significaba negar el daño.

Una noche, cerca de las diez, el teléfono volvió a sonar.

Era la hermana mayor de Alberto. Lloraba con tanta fuerza que apenas podía hablar.

La madre había sufrido una hemorragia severa. Según la familia, había perdido mucha sangre por vía rectal y había sido trasladada con urgencia al hospital, casi sin conocimiento.

Alberto estaba a unos cuarenta kilómetros, en otra ciudad, y no tenía cómo llegar aquella noche.

Escuchó a su hermana y respondió:

—Ten paciencia. Vamos a orar por ella. Al amanecer voy para allá.

Colgó y buscó a Maira.

Los dos se arrodillaron.

No hubo palabras adornadas. Hubo clamor.

Alberto pidió por la vida de su madre, por la mujer que todavía se aferraba a creencias que habían marcado tantos años de su historia y con quien él mismo cargaba heridas antiguas.

En algún momento, agotado, terminó dormido sobre sus propias rodillas.

Cuando abrió los ojos comenzaba a amanecer. Eran cerca de las cinco, la hora habitual del altar.

Se preparó y salió hacia el pueblo donde vivían su madre y sus hermanos. Tomó transporte y, al llegar, el ómnibus lo dejó prácticamente frente al hospital.

Entró. La puerta estaba abierta. Avanzó hasta la habitación donde estaba su madre, acompañada por una de sus hermanas.

La vio conectada al suero y a los tratamientos que el equipo médico había dispuesto. El rostro mostraba el desgaste de la noche.

Alberto se acercó, la besó y le dijo:

—Mamá, vengo a orar por ti. ¿Quieres que ore por ti?

Le pidió permiso. Aquello importaba. Recordaba que, cuando él se convirtió, su madre había llegado a decirle que se había vuelto loco. El niño que había vivido imposiciones espirituales no quería imponer ahora su propia fe.

Ella aceptó.

Entonces señaló la zona del ombligo.

—Tengo un dolor muy grande aquí.

Alberto puso una mano sobre aquella zona y comenzó a orar en silencio.

Él recordaría haber sentido profundamente lo que interpretó como la presencia del Espíritu Santo.

Pasaron unos instantes y su madre apartó la mano de Alberto con fuerza.

—¿Qué pasa, mamá?

Ella lo miró sorprendida.

—Te salió candela por la mano. Fuego. Me entró por dentro.

Alberto respondió desde su fe:

—Mamá, ese es el fuego del Espíritu Santo. Él te está tocando.

No podía medir médicamente lo que acababa de ocurrir ni pretendía hacerlo. Podía contar, sin embargo, lo que ella había dicho y lo que él había vivido en aquella habitación.

Poco después su madre quiso incorporarse. Su hermana dudaba porque la había visto demasiado débil, pero Alberto la ayudó a sentarse.

Entonces dijo que tenía hambre.

Había una sopa que una tía había llevado. Se la dieron. Comió.

Cuando más tarde pasó el carrito con el almuerzo del hospital, recibió también una bandeja y prácticamente la terminó.

Alberto observó cómo su rostro parecía recuperar color y fuerza.

Permaneció allí unas seis horas, orando también en silencio. Antes de marcharse se acercó nuevamente, la besó y dijo:

—Mamá, hoy regresas a la casa. No tengas miedo.

Ella no discutió. Solo escuchó.

Aquella noche el teléfono volvió a sonar. Su hermana comunicó que le habían dado el alta y que ya estaba en casa.

Para Alberto, aquella recuperación quedó unida para siempre a la madrugada de oración, a la frase sobre el fuego y a la llamada final que anunció: mamá está en casa.

Pero la historia no terminó allí.

Tiempo después, todavía de madrugada, fue la propia madre quien llamó.

Su voz estaba llena de angustia.

—Ven. Ven ahora. Yo siento que me voy a morir.

Alberto se preparó y viajó otra vez hacia el pueblo. Durante el trayecto meditaba y oraba.

Cuando llegó al edificio, su madre estaba tan débil que le pasó las llaves del apartamento a través de la persiana del dormitorio.

Alberto abrió y entró.

Ella describió la noche como un ataque espiritual. Había sentido miedo, opresión y la cercanía de la muerte. Y entonces dijo algo que Alberto nunca esperaba escuchar de su boca:

quería sacar de la casa los altares y objetos religiosos que había conservado durante gran parte de su vida.

Algunos ocupaban prácticamente un dormitorio entero.

Alberto no se apresuró. Quería estar seguro de que era decisión de ella.

—Mamá, ¿tú quieres que yo quite todo esto?

Ella respondió que sí.

Entonces comenzó.

Buscó sacos y fue retirando, uno por uno, figuras, recipientes, adornos y objetos rituales acumulados durante años.

El peso era físico, pero para Alberto significaba también otra clase de carga: infancia, temor, recuerdos y una herencia familiar que su madre había decidido cerrar.

Mientras trabajaba, ella logró llamar a la hermana mayor. La hermana llegó acompañada por su esposo.

Según el recuerdo de la familia, al entrar en el apartamento ambos vivieron una experiencia espiritual intensa. El cuñado terminó de rodillas y llorando; la hermana comenzó a cantar espontáneamente.

Nadie había organizado un culto. Habían ido a acompañar a una madre angustiada. Pero ellos interpretaron aquella escena como una presencia poderosa de Dios.

Alberto no necesitaba explicar lo que cada uno había sentido. Podía contar lo que vio: su cuñado arrodillado, su hermana cantando, su madre escuchando y una habitación que poco a poco quedaba vacía.

Cuando terminó, volvió junto a su madre. Oró por ella y pidió nuevamente por su salud y por su paz.

La mujer que horas antes había dicho que iba a morir comenzó a tranquilizarse.

Poco después vino una petición todavía más inesperada.

—Quiero ir a la iglesia.

Alberto se quedó quieto.

Durante años había orado por algo semejante. No quiso convertir aquel momento en una victoria personal. Simplemente la acompañó.

Entraron juntos.

Madre e hijo.

La mujer que años atrás había pensado que Alberto se había vuelto loco por seguir a Cristo estaba ahora a su lado, por decisión propia, en una iglesia cristiana.

Allí expresó su fe en Jesucristo y dejó atrás las prácticas que había sostenido durante gran parte de su vida.

Con el tiempo le explicó a Alberto que había visto el cambio en él: su manera de vivir, su matrimonio con Maira y las experiencias que la familia atribuía a Dios. Había llegado a una convicción distinta.

La historia no terminó aquel día.

Pasaron casi diez años.

Su madre envejeció hasta aproximarse a los noventa y dos años. Cuando finalmente murió, Alberto la despidió desde su fe con una paz que durante décadas no habría imaginado posible.

Para él, mamá había terminado su camino con Cristo.

Aquello no borraba el pasado. No convertía la infancia en otra cosa ni eliminaba las heridas. Pero les daba otro final.

La misma madre que lo había llevado de niño hacia prácticas que él asociaba con temor terminó pidiéndole que sacara de su casa todo lo que la vinculaba a aquella etapa.

La mujer que creyó que su hijo se había vuelto loco terminó caminando junto a él hacia una iglesia.

Y el hijo que había cargado heridas relacionadas con ella terminó acompañándola cuando decidió comenzar de nuevo.

Por eso Alberto comprendió que el altar no era una mesa ni un rincón específico.

Era una decisión repetida.

Una forma de seguir diciendo, aun cuando la respuesta tardara años:

—Señor, esta casa es tuya.

9. LA MESA DE LA PROVISIÓN

La fe también se aprende en la cocina.

Alberto y Maira lo descubrieron durante años en los que el dinero no siempre alcanzaba con holgura. Habían aprendido a administrar, a priorizar y a agradecer.

Una de aquellas etapas coincidió con la pérdida del trabajo de Alberto. Las misioneras continuaban visitándolos. Daniela le había dicho que llegarían tantas oportunidades laborales que no sabría cuál escoger.

Un día ocurrieron tres en la misma jornada.

Alberto regresó a casa todavía sorprendido. Había salido buscando una puerta y regresaba con tres.

Escogió una.

No convirtió aquello en una fórmula de prosperidad. Para él fue un testimonio de provisión en un momento concreto.

Años después, otra historia quedaría grabada en la memoria de los hijos.

Era Día de los Padres.

Alberto debía viajar a otro municipio para encontrarse con una hermana y llevar una ofrenda floral al lugar donde descansaban los restos de su padre.

En casa quedaba muy poco dinero.

Maira le preguntó:

—¿Qué es lo que tú quisieras?

Alberto pensó en lo práctico. Apenas podían comprar una libra de carne de cerdo y debían reservar algo por si surgía una medicina o cualquier imprevisto.

Pero ella había preguntado por un deseo.

Y él respondió.

Quería volver a ver a sus dos niños pequeños alrededor del horno eléctrico, felices, cantando y observando a través del cristal cómo un pollo grande giraba lentamente en el asador, como en tiempos económicamente mejores.

No era una necesidad.

Era una imagen.

Alberto salió con aquel deseo guardado en el corazón.

Regresó cerca del mediodía.

La puerta tardó en abrirse. Maira y la niña estaban demasiado emocionadas.

—Adivina.

Alberto, cansado, protestó:

—No puedo adivinarte. ¡Yo no soy adivino!

Entonces vio el pollo.

Enorme. Cuatro o cinco kilogramos, según lo recordaría.

Por la mañana, alrededor de las nueve y media, un viejo amigo había llegado preguntando:

—¿Aquí vive Alberto?

Maira explicó que sí, pero que él no estaba.

El hombre entregó el pollo con un mensaje sencillo: Félix se lo mandaba para que se lo comieran en el Día de los Padres.

Nadie conocía la conversación privada de aquella mañana.

La familia preparó el pollo. Lo colocaron en el horno. Los niños volvieron a rodear el cristal mientras giraba.

Invitaron también al hijo mayor, a su esposa y a su niño.

La casa se convirtió en banquete.

Para Alberto, la provisión no siempre consistía en recibir mucho. A veces consistía en recibir, en el momento exacto, aquello que nadie más sabía que el corazón había pedido.

Los hijos aprendieron otra lección: la fe podía recordarse alrededor de una mesa.

Cuando hubiera abundancia, agradecer.

Cuando hubiera poco, administrar.

Cuando no supieran qué hacer, orar.

Y cuando llegara una respuesta, contarla.

Porque algunas herencias pesan sobre los descendientes.

Y otras los sostienen.

10. LA FUERZA DE LO IMPOSIBLE

Algunas oraciones nacen de la propia necesidad. Otras llegan por teléfono en la voz quebrada de otra persona.

Alberto no hablaba de la fe como una teoría. Afirmaba haber experimentado en sí mismo, en su familia y en otras personas sanidades y hechos que reconocía como milagros por la fe en Jesucristo. Sabía que no podía convertir cada memoria en un expediente clínico; tampoco estaba dispuesto a negar aquello que él, Maira y otras familias afirmaban haber vivido.

Había conocido demasiado, aun reconociendo lo poco que comprendía, como para escoger voluntariamente una vida sin fe. Para él, creer no significaba controlar el resultado. Significaba seguir confiando incluso cuando no podía explicarlo todo.

Una mañana muy temprano, una compañera de la empresa de transporte donde trabajaba lo llamó con urgencia. Necesitaba trasladarse con su hija mayor y una pequeña de unos tres años hasta un hospital pediátrico. La niña padecía desde el nacimiento un problema urológico y debía someterse periódicamente a estudios que mantenían a la familia bajo preocupación.

Alberto se ofreció a llevarlas. Apenas emprendió el recorrido -unos diez kilómetros hasta el hospital- comenzó a surgir en él uno de aquellos cantos espontáneos que acompañaban su oración: «Bendito, yo te necesito; nadie es como Tú, mi Jesús».

Durante el viaje conoció con más detalle la situación de la niña. Al llegar, preguntó a la madre si quería que orara por ella. La mujer aceptó. Alberto puso sus manos sobre la pequeña y las dos mujeres se unieron a la oración.

A la mañana siguiente recibió otra llamada temprana. Según le comunicó la familia, los resultados de los estudios habían sido favorables y el equipo médico había mostrado sorpresa ante lo encontrado. Alberto y aquellas mujeres recibieron la noticia con alegría y la interpretaron, desde su fe, como misericordia de Dios.

La canción quedó también documentada. En sus archivos aparece fechada el 13 de diciembre de 2018 bajo el título Nadie es como Tú, Jesús, con el estribillo Bendito, yo te necesito. Tiempo después, al publicarla, Alberto contó la historia de sanidad que asociaba a su nacimiento.

Para él, aquel episodio fue además el comienzo de una cadena de conversaciones y pedidos de oración dentro de aquella empresa de transporte. Meses más tarde, por esa misma red humana, llegaría otra llamada.

Era domingo. Alberto y Maira estaban prácticamente listos para salir hacia el culto cuando sonó el teléfono del apartamento.

Era un antiguo compañero de trabajo, a quien en la narración llamaremos Martínez Rodríguez. Llamaba por su nieta recién nacida.

Según lo que la familia le transmitió a Alberto, la bebé llevaba unos siete días hospitalizada y conectada a equipos de soporte. El pronóstico que habían recibido era devastador: no esperaban que pudiera sostener la vida por sí misma debido a la ausencia de función pulmonar autónoma.

Martínez sabía que Alberto había abrazado la fe y que asistía a una iglesia. Por eso lo llamó: no buscando una explicación, sino oración.

Alberto escuchó y preguntó:

—¿Dónde está exactamente la niña?

—Cama 62. Sala H —respondió Martínez, identificando la ubicación dentro del hospital obstétrico.

Aquel dato quedó grabado en Alberto.

Cama 62. Sala H.

Entonces pronunció unas palabras cuya seguridad él mismo recordaría durante años:

—Martínez, dile a tu esposa y a tu hija que tengan fe en Dios. Maira y yo vamos a orar.

Apenas colgó el teléfono, una carga emocional profunda cayó sobre él. Comenzó a llorar con un dolor que sintió ajeno a una simple reacción humana. Lo interpretó como una carga de intercesión puesta por Dios en su corazón por aquella niña.

Los domingos tenían una disciplina particular para Alberto y Maira. Con frecuencia eran días de ayuno, culto, oración y lectura de la Palabra. Salían hacia la iglesia por la mañana y regresaban alrededor del mediodía o poco después, pero el culto no terminaba al cerrar la puerta de la congregación. Continuaba en casa.

Seguían en ayuno. Oraban. Leían las Escrituras. Permanecían en comunión hasta cerca de las cinco de la tarde, hora en que acostumbraban concluir el ayuno.

Aquel domingo todo tuvo un nombre: Ismaría.

Oraron en casa. Oraron en la iglesia. Regresaron y continuaron orando. La bebé permaneció en el centro de aquella jornada.

Cerca de las cinco de la tarde, cuando acostumbraban cerrar el tiempo de ayuno, Alberto volvió a llamar a Martínez.

—Ya terminamos la jornada. Oramos aquí. Oramos en la iglesia. Dios tiene el control de la niña.

Mucho tiempo después Alberto reflexionaría sobre aquella frase. Ningún ser humano podía garantizar semejante resultado, y él menos aún desde la distancia. Sin embargo, esas palabras habían salido acompañadas de una convicción que él y Maira interpretaron como fe.

Pasó el lunes. Luego el martes. Y llegó el miércoles: el tercer día.

Según el testimonio que la familia transmitió después a Alberto, durante las evaluaciones habituales la bebé comenzó a mostrar movimientos. Movié los dedos. El equipo médico se apresuró a reevaluarla y detectó que presentaba función autónoma suficiente para considerar la retirada del soporte.

La desconectaron.

Ismaría respondió.

Respiró.

Lloró.

Y aquel llanto, para una familia que había esperado lo peor durante días, fue vida.

Cuatro días después, el domingo siguiente, la niña recibió el alta y regresó con su familia.

Alberto nunca estuvo dentro de aquella sala ni presencié los procedimientos médicos. Por eso contaré siempre el episodio distinguiendo lo que él y Maira vivieron de lo que la familia les comunicó.

Pero también hablaré con claridad de su convicción: para ellos, la vida de Ismaría fue una de las mayores victorias espirituales de su historia de oración.

No porque se atribuyeran poder. No porque creyeran que el ayuno obligaba a Dios. Sino porque habían clamado por una bebé a la que no podían tocar, en una sala a la que no podían entrar, frente a una situación que ellos no podían modificar.

Una semana después de aquella llamada del domingo, la niña estaba en casa.

Ellos lo recibieron como misericordia. Como respuesta. Como obra de Dios.

Años después Alberto recordaría también la disciplina que había rodeado aquella experiencia: ayuno, culto, oración, Palabra, casa, iglesia y casa otra vez. Aquella forma de vivir la fe no nació por Ismaría, pero ese domingo quedó unida para siempre a su historia.

No todas las respuestas llegaron de la misma manera ni todas las historias terminaron igual. Pero aquella sí.

Y cuando Alberto y Maira recordaban a la niña de la cama 62, sala H, volvían también a la misma frase pronunciada antes de conocer el desenlace:

—Dios tiene el control de la niña.

Una semana después, para ellos, aquella frase se había convertido en testimonio.

No todas las lecciones llegaron desde hospitales.

El hijo menor de Alberto había sembrado una semilla de aguacate siendo niño. La planta creció hasta alcanzar varios metros, casi la altura del segundo piso. Cuando floreció, aparecieron también señales de plaga y deterioro.

Fue el muchacho quien llamó preocupado:

—Papá, ven a ver.

Alberto observó el árbol y miró a su hijo.

—Si hemos aprendido que tenemos a Dios con nosotros, ¿qué podemos hacer?

—Orar.

Padre e hijo tocaron el árbol, se tomaron de la mano y oraron.

Pasaron meses.

Y fue nuevamente el muchacho quien descubrió los primeros aguacates.

La alegría no provenía solo del fruto. Él había sembrado la semilla, había visto crecer el árbol, había temido perderlo, había orado junto a su padre y ahora podía comer de aquello que un día cabía en su mano.

La fe había dejado de ser únicamente la fe de sus padres. Tenía una historia propia.

También estaba la pequeña perrita que el hijo había criado prácticamente desde destetada. En una ocasión enfermó hasta parecer agonizante. La familia se tomó de las manos y oró. Según recuerdan, el animal se incorporó de manera inesperada y continuó viviendo alrededor de ocho años más.

Mucho tiempo después, justo antes de que el muchacho emigrara, la perrita llegó finalmente al final de su vida. El joven, ya de veinte años, tuvo que despedirse de la misma mascota que de niño había visto recuperarse.

Aquella muerte enseñó otra verdad: fe no significa que nada amado termine. También significa aprender a agradecer el tiempo recibido y saber despedirse.

Hubo otra prueba más íntima.

Durante un viaje nocturno de más de quinientos kilómetros, una mujer comenzó a insinuarse de manera persistente a Alberto. Él conocía demasiado bien el costo de la infidelidad.

No fingió inmunidad.

Sintió la tentación.

Y oró:

—Señor, líbrame de esto.

Describiría después la sensación como un balde de agua helada descendiendo de la cabeza a los pies. La agitación cedió. La situación exterior seguía allí, pero él pudo decidir con claridad alejarse.

Cuando volvió junto a Maira no pensó que había demostrado superioridad.

Pensó que tenía que seguir cuidando lo construido.

Porque algunas cadenas se rompen una vez.

Y otras se mantienen rotas mediante decisiones repetidas.

PARTE IV — LA MELODÍA DE LAS NACIONES

11. LA VOZ DEL ÁNGEL

Durante años la música había acompañado a Alberto sin pedirle permiso.

Primero desde un tocadiscos. Después desde una radio. Luego en un saxofón de plástico, en los versos de Martí, en los cantos metodistas que lo hacían llorar.

Con el tiempo, él y Maira comenzaron etapas de ayuno y oración buscando no solo solución a problemas, sino propósito.

La música regresaba una y otra vez.

No solamente escuchar.

Cantar.

Maira notaba que durante ciertas oraciones la voz de Alberto cambiaba. Se volvía más profunda y resonante.

—Tú deberías cantar más —le decía.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Durante un tiempo de oración, ambos interpretaron una palabra como confirmación de que Dios pondría en Alberto una voz para adorarlo.

La diferencia era importante: no una voz para lucirse, sino para adorar.

En un servicio congregacional llegó el momento de cantar. Alberto abrió la boca y escuchó una resonancia que incluso a él le resultó nueva.

Barítono.

Amplia.

Con una fuerza casi operística.

Pero había algo que los demás no podían ver. En momentos de adoración profunda, Alberto sentía que una fuerza cálida tomaba la zona de su garganta y de las cuerdas vocales. No era dolor ni una tensión que buscara provocar. Era una sensación intensa y agradable, como si la voz encontrara por sí misma una profundidad y una resonancia que él no sabía producir a voluntad.

Permanecía consciente de lo que hacía; podía respirar, detenerse y continuar. Sin embargo, cuando aquella sensación aparecía, prefería no forzarla. La recibía. Junto al efecto físico llegaba también un bienestar interior difícil de explicar: una alegría serena, un placer del alma que no dependía de ser escuchado por otros.

Desde su fe, Alberto terminó interpretando esa experiencia como una manera en que el Espíritu Santo lo ministraba mientras adoraba. Nunca pretendió convertirla en una explicación fisiológica ni en una prueba para nadie. Solo podía describirla: calor, resonancia, fuerza y una profunda dulzura interior. Era como si, por unos minutos, el canto no solo saliera de él. También pasara por él.

Después varias personas se acercaron preguntando desde cuándo cantaba así.

Él tampoco sabía responder.

Tiempo después, durante una visita a una zona montañosa, una pareja de ancianos dijo haber visto una figura detrás de él mientras cantaba. La describieron como un ángel.

Alberto no vio nada. Guardó el relato sin convertirlo en espectáculo.

Meses más tarde, durante el ensayo de un festival navideño, otro hermano —que, según Alberto recordaba, no conocía el episodio anterior— le habló de una presencia semejante detrás de él mientras cantaba.

Dos momentos. Dos lugares. Personas diferentes.

Alberto interpretó aquello no como motivo de orgullo, sino de responsabilidad.

La misma voz que años atrás había tenido dificultad para pedir perdón debía aprender a cantar sobre gracia.

Antes de que las composiciones comenzaran a llegar con la frecuencia que tendría después, Alberto y Maira guardaron otra experiencia. Fue el 1 de noviembre de 2017, durante una jornada de ayuno y oración.

En aquel tiempo Maira expresó una palabra que los llevó al primer libro de Crónicas, capítulo 6, desde el versículo 31. El pasaje hablaba de los hombres que David había establecido para el servicio del canto en la casa del Señor, de cantores puestos a ministrar mediante la música.

Todavía no existía PiedraVivaWorship-GP. Alberto no tenía un repertorio de composiciones ni podía prever lo que comenzaría a ocurrir meses después. Por eso no intentaron fabricar un cumplimiento. Guardaron la palabra.

Cuando en 2018 empezaron a brotar cantos, coros, melodías y Escrituras convertidas en canción, aquella lectura volvió a la memoria. Para Alberto y Maira adquirió entonces un sentido nuevo: cantar no era ocupar el centro. Era servir. Ministran delante de Dios con la voz y con aquello que se había recibido.

La música dejó de ser solo algo que recibía.

Comenzó a ser algo que podía entregar.

Durante la infancia había sido refugio.

Durante la conversión, quebrantamiento.

En el matrimonio, compañía.

Ahora empezaba a convertirse en misión.

Las frases comenzaron a llegar de otra manera: durante la oración, mientras trabajaba, conduciendo, leyendo la Biblia. Algunas nacían completas; otras como semillas.

Maira escuchaba.

A veces opinaba.

A veces insistía:

—Apúntala. Después se te olvida.

Sin saberlo todavía, estaban formando un repertorio.

Y Alberto comenzó a hacerse una pregunta que ya había aparecido en su infancia:

¿Hasta dónde puede viajar una canción?

12. SAL DE TU TIERRA

Mucho antes de que Alberto pensara seriamente en emigrar, cuando apenas comenzaba a caminar en la fe, tuvo un sueño que nunca olvidaría. Ocurrió alrededor de 2015, en aquellos primeros tiempos de su conversión.

Se vio viajando solo dentro de un avión. El aparato avanzaba hacia el sur. Dentro de la aeronave ocurría algo imposible: llovía. Pero no era una lluvia amenazante. Era agradable, limpia, casi consoladora. Alberto la sentía caer mientras el avión continuaba su ruta.

Finalmente aterrizaba en una ciudad cercana a una zona boscosa. Allí descendía y permanecía un tiempo trabajando. Después la escena cambiaba.

Desde el norte llegaba una de sus hermanas, la que vivía en Estados Unidos, en una pequeña van. Venía a recogerlo. Alberto subía y el vehículo comenzaba ahora a viajar en dirección contraria: hacia el norte.

En el camino aparecían dos personas que, por su apariencia, Alberto identificaba en el sueño como nativas de aquella región, quizá centroamericanas. Le pedía a su hermana que se detuviera. Las recogían. Y, una vez dentro del vehículo, Alberto comenzaba a hablarles del evangelio de Jesucristo.

Despertó con la escena todavía viva. No conocía su significado. Sin embargo, ya había comenzado a notar que ciertos sueños permanecían en él con una fuerza distinta. Llegarían a convertirse, para Alberto, en una de las formas principales mediante las cuales discernía que Dios podía orientarlo.

Por eso lo escribió. Habilitó una libreta para conservar sueños, impresiones y experiencias que no quería olvidar. Aprendió también a no apresurarse a interpretarlos. Algunas cosas, pensaba, necesitaban tiempo antes de revelar su sentido.

La vida continuó. Pasaron años.

Entonces su única hija y el esposo de ella decidieron emigrar hacia Suramérica.

La noticia dolió. Alberto y Maira sabían que los hijos crecen, pero una cosa es saberlo y otra mirar una maleta abierta sobre la cama.

La joven pareja inició una travesía compleja. Emigrar, visto sobre un mapa, parece una línea. Vivido desde dentro es incertidumbre, documentos, traslados, dinero que debe alcanzar y la sensación de no pertenecer todavía a ninguna parte.

En medio de aquella nueva vida llegó otra noticia: su hija estaba embarazada. La nieta venía en camino.

Maira comprendió que su hija la necesitaba y tomó otra decisión difícil: partir también.

Alberto no quedó completamente solo. Su hijo menor seguía en el país, aunque estudiaba en una universidad situada a unos trescientos kilómetros. El niño que años atrás había orado junto al árbol de aguacate era ahora un joven de alrededor de veinte años que aprendía a vivir lejos de casa.

Alberto asumió un papel nuevo: padre, madre en numerosas decisiones cotidianas, apoyo académico, económico y emocional. Trabajaba, resolvía la casa y trataba de permanecer disponible para un hijo que ya no estaba cerca.

Con el tiempo llegó la conversación inevitable. El hijo también partiría. Se reuniría con su madre y su hermana en Uruguay y comenzaría su propia experiencia migratoria.

Antes de salir vivió una despedida dolorosa: la muerte de la perrita que había criado desde destetada, la misma que años atrás había visto recuperarse tras la oración de la familia. Fue como si la infancia cerrara una puerta justo antes de que el joven cruzara otra.

Poco después partió hacia Uruguay.

Entonces sí. Alberto quedó solo en la casa.

Llegaron las cinco de la mañana. El lugar de Maira en el altar estaba vacío. Oró por ella, por la hija, por la nieta, por el hijo y por el camino que se abría delante de todos.

Y terminó preguntando:

—Señor, ¿qué estás haciendo con nosotros?

El antiguo sueño regresó. El avión hacia el sur. La lluvia dentro de la aeronave. El trabajo en aquella tierra. Después la van tomando rumbo hacia el norte. Todavía no quería convertir el sueño en un mapa exacto, pero comenzaba a percibir que la vida estaba moviéndose en direcciones que años antes no habría imaginado.

En medio de esa etapa volvió también a acompañarlo una canción que conservaba desde 2020: Un nuevo comienzo.

Su historia real era importante. La canción no había nacido de la emigración.

El 5 de abril de 2020, mientras Alberto trabajaba en la capital del país, habló con su hija por su cumpleaños. Después ella le envió un escrito. Alberto lo leyó y se conmovió profundamente. Lloró por ella y comenzó a orar:

—Señor, bendícela.

Pocos minutos después comenzó a brotar un canto. No solo una frase aislada. La composición llegó con una integridad que lo sorprendió. La llamó Un nuevo comienzo.

Alberto la recibió pensando en su hija. Para él, el mensaje no era que una persona necesitara cambiar de ciudad o de país para comenzar otra vez. Era algo más profundo: el nuevo comienzo verdadero estaba en Cristo. Y también, de algún modo, un nuevo final.

La letra hablaba de nacer de nuevo, de la redención y de Jesucristo como aquel que puede transformar la dirección de una vida. Alberto interpretó la canción como una manera de Dios de hablarle a su hija en aquel día.

Años después, cuando la familia tuvo que separarse, viajar y reconstruir la vida en otros lugares, la canción adquirió otra resonancia. Pero su origen permaneció intacto: había nacido de una oración por una hija, no de una mudanza.

Para Alberto aquella diferencia se volvió enseñanza. Una persona puede cambiar de ciudad, de país o de continente y seguir siendo la misma por dentro. El nuevo comienzo que él proclamaba tenía otro nombre: Jesucristo.

Con Maira ya en Uruguay y la familia repartida entre países, Alberto sintió que se acercaba una decisión personal. Sin embargo, no quiso apresurarse. El sueño existía. La separación familiar también. Pero necesitaba dirección.

Entró entonces en otro período de ayuno y oración. Preguntaba, esperaba, leía. No quería tomar una decisión tan grande solamente por nostalgia, presión familiar o necesidad económica.

Cerca del final de aquel ayuno comenzó a levantarse dentro de él una frase con una convicción difícil de ignorar:

—Sal de tu tierra y de tu parentela...

Tomó la Biblia y buscó el pasaje. Llegó a Génesis 12, al llamado de Abraham.

Leyó. Volvió a leer.

Esta vez no sintió que estuviera buscando un versículo para justificar una decisión ya tomada. Había estado pidiendo dirección y recibió aquellas palabras como respuesta. Desde su fe, entendió que debía salir.

No conocía todo lo que vendría después. Tampoco sabía todavía que el movimiento hacia el sur sería solo una etapa de una ruta más larga. Pero para Alberto aquel momento marcó el punto en que la posibilidad dejó de ser una idea y se convirtió en dirección.

Comenzaron entonces las decisiones materiales: vender propiedades, separar recuerdos, preparar documentos, decidir qué podía viajar y qué debía quedarse.

Una tarde Alberto entró en una habitación casi vacía y escuchó su propia voz regresar desde las paredes.

Un pequeño eco.

Finalmente partió.

Uruguay se convirtió en parte de su historia. Otra cultura. Otros acentos. Otros códigos. Pero al final del camino estaba la familia.

Un nuevo comienzo dejó de significar borrar el pasado. Significaba llevar lo aprendido sin quedar prisionero de él.

Y allí descubrieron algo más.

Las historias recogidas en estas páginas no podían abarcar todas las situaciones excepcionales que Alberto y Maira afirmaban haber vivido. Ellos recordaban muchas otras escenas de sanidad, provisión, protección y respuestas a la oración, algunas extraordinarias y otras casi domésticas. No todas necesitaban convertirse en capítulos. Habían escogido las que mejor explicaban los cambios de su vida y de su familia.

Pero el testimonio no se quedó dentro de la casa.

Durante una etapa en Suramérica, Alberto y Maira trabajaron vinculados a un hogar de ancianos dirigido por su hija.

Allí encontraron hombres y mujeres que llevaban también historias largas sobre sus hombros: pérdidas, familias, soledades, recuerdos y preguntas que, en muchos casos, se hacían más intensas al acercarse la última etapa de la vida.

Alberto y Maira no llegaban con una teoría. Llegaban con su propia historia.

Cuando aparecía la oportunidad hablaban de su matrimonio, de las madrugadas, de las veces que habían tenido que comenzar otra vez y de las experiencias que ellos atribuían a la misericordia de Dios. Y hablaban de Jesucristo.

Algunas conversaciones fueron breves. Otras continuaron durante días. Según recuerdan, hubo ancianos que decidieron abrazar aquella fe y oraron junto a ellos.

A Alberto lo conmovía la paradoja. Habían salido de su tierra pensando en reconstruir la vida de su propia familia y, de pronto, se descubrían acompañando espiritualmente a personas que estaban recorriendo los últimos capítulos de la suya.

Empezó a comprender de otra manera la pregunta: ¿para qué salir?

Quizá el propósito de una migración no podía medirse solo por el trabajo conseguido, los documentos o la estabilidad alcanzada. También había personas en el camino.

Uruguay tampoco sería el último destino.

En aquellos años apareció otra posibilidad. Se había abierto una vía de parole humanitario hacia Estados Unidos para determinadas personas y muchas familias latinoamericanas comenzaron a considerarla como una oportunidad inmediata. También dentro del círculo familiar surgió la idea: ¿por qué no intentar llegar por ese camino?

Alberto lo pensó. Pero no sintió paz para moverse de esa manera. Recordaba el sueño y la dirección hacia el norte, pero precisamente por eso decidió no correr delante de lo que creía haber recibido.

Lo expresó con una convicción sencilla: si Dios realmente le había mostrado aquel camino, también podía abrir la puerta para recorrerlo de manera clara y plenamente legal. Prefería esperar.

No era fácil ver a otros avanzar mientras él permanecía quieto. La espera podía parecer pérdida de oportunidad. Pero Alberto había aprendido que la fe no siempre consiste en moverse primero. A veces consiste en no moverse todavía.

Entonces su hijo los animó a presentar una solicitud al programa de Visas de Diversidad de Estados Unidos.

La presentaron.

Y esperaron.

Tiempo después llegó la noticia: habían sido seleccionados.

Comenzó otro proceso de documentos, verificaciones, entrevistas y espera. Finalmente completaron los requisitos que les permitieron emigrar legalmente como residentes permanentes.

Para Alberto, el sueño regresó con una claridad nueva.

Primero había aparecido el movimiento hacia el sur. Después, años más tarde, se abría la ruta hacia el norte.

No todos los detalles se habían cumplido de manera literal. Su hermana no había llegado físicamente en una van para recogerlo. Pero ella vivía en Estados Unidos, al norte, y el rumbo general del sueño seguía resonando en él.

También recordaba a las dos personas recogidas en el camino y aquel impulso de hablarles de Jesucristo. Por eso, cuando en Suramérica y luego en Estados Unidos aparecieron personas con quienes compartir su testimonio, Alberto volvió a pensar en aquella escena.

La lluvia dentro del avión adquirió para él otro significado: bendición en movimiento. Presencia en medio de una ruta que todavía no comprendía.

Casi una década después de haber escrito aquel sueño en una libreta, sentía que seguía viviéndolo.

De aquella experiencia extrajo una enseñanza que quiso dejar a sus hijos: una revelación no elimina la necesidad de discernir, esperar y prepararse. Para él, recibir una dirección de Dios no significaba precipitarse, sino confiar también en el tiempo y en la manera de llegar.

Alberto no convertiría su experiencia en una regla para todas las familias ni afirmaría que todo creyente recibiría el mismo resultado. Solo podía contar lo que él y Maira habían vivido: esperaron, oraron, hicieron su parte y la puerta terminó abriéndose.

Cuando llegó el momento, viajaron hacia Estados Unidos.

Otra frontera. Otros documentos. Otro comienzo.

Allí vivía desde hacía años su hermana menor, la misma cuya voz había pedido escuchar después del accidente.

Y allí continuó también el testimonio. Otras personas. Otros compañeros. Otra cultura. La misma disposición a contar lo vivido cuando surgía la oportunidad.

Alberto y Maira comenzaron a mirar la emigración no solo como una cadena de pérdidas y nuevos comienzos, sino también como el desplazamiento de un testimonio.

Habían salido con poco equipaje, pero llevaban algo que no se agotaba al compartirlo: una historia, una fe, una esperanza.

Una de las primeras madrugadas en la nueva tierra volvieron a levantarse alrededor de las cinco.

Otra habitación. Otra ciudad. Otro país.

Pero el mismo altar.

Entonces Alberto comprendió que el altar no pertenecía a ninguna casa. Lo llevaban dentro.

Y también comprendió algo sobre la música: una canción podía haber nacido en una tierra y ser escuchada en otra. Podía cruzar fronteras con una facilidad que las personas no tenían.

El propósito, pensó Alberto, no siempre aparece escrito al principio del viaje. A veces se descubre mientras uno camina.

Y para él y Maira una parte de ese propósito se había vuelto clara: vivir su fe, servir, contar lo que habían recibido y dejar que otros decidieran qué hacer con aquel testimonio.

No podían transformar la vida de nadie por la fuerza.

Pero podían contar cómo, según ellos creían, Dios había transformado la suya.

La pregunta regresó:

¿Hasta dónde puede viajar una canción?

Muy lejos.

Quizá hasta las naciones.

13. EL ECO DE LA LIBERTAD

Alberto podía señalar el día.

No una época aproximada.

No «por aquellos años».

El día.

1 de mayo de 2018.

Hasta entonces la música había formado parte de su vida de muchas maneras.

Había estado en el tocadiscos de la infancia. En la radio lejana. En aquel saxofón de plástico. En las lágrimas de la iglesia metodista. En la voz que había comenzado a descubrir durante la adoración. En los cantos que lo habían acompañado durante sus años de búsqueda.

Pero aquel primero de mayo ocurrió algo diferente.

La música dejó de llegar solamente desde afuera.

Comenzó a brotar desde dentro.

Alberto recordaría después aquella fecha porque hizo algo que terminaría convirtiéndose en costumbre.

Escribió.

Y grabó.

No tenía un estudio. No había micrófonos profesionales. No estaba pensando en publicar, mucho menos en construir un catálogo de canciones.

Tenía un teléfono celular y una necesidad urgente de no perder lo que acababa de recibir.

Una frase apareció. Después otra. Y casi al mismo tiempo llegó la melodía.

Alberto comenzó a cantar.

No estaba tratando de componer en el sentido técnico de la palabra. Estaba intentando atrapar aquello antes de que desapareciera.

Tomó el teléfono. Pulsó grabar. Y dejó constancia.

Aquel gesto, aparentemente insignificante, se repetiría durante años.

Una idea. Un canto. Una melodía. El teléfono. Grabar. Guardar. Fecha. Texto.

Alberto comenzó a conservarlo todo.

Algunas veces escribía primero. Otras cantaba primero y corría después a buscar dónde anotar.

En ocasiones la canción llegaba con una integridad que todavía lo sorprendía: letra, melodía, estructura.

En otros momentos solo recibía un estribillo, una frase insistente, unas pocas líneas que se repetían durante horas. Entonces debía esperar. Tal vez al día siguiente llegaba una estrofa. Tal vez meses después.

Y había otra forma.

La Biblia.

Alberto abría las Escrituras para leer. No para escribir música.

Leía. Meditaba. Y, de pronto, una expresión comenzaba a cambiar de sonido dentro de él.

Un versículo dejaba de ser únicamente texto. Adquiría ritmo. Una frase parecía pedir repetición. Una imagen bíblica comenzaba a reclamar melodía.

Isaías fue una de esas fuentes, pero también Jeremías, Apocalipsis, Crónicas y los Salmos.

Una de las hojas conservadas permite verlo con precisión. El 28 de junio de 2019, cerca de la medianoche en la capital del país, en medio del insomnio y la soledad, la lectura de Isaías 25 comenzó a transformarse en canto.

En otra etapa de ayuno, un pasaje de Cantares llegó a Alberto y Maira con una fuerza distinta. Lo musicalizaron. La Escritura podía convertirse en canción profética, en clamor, en gratitud y también en intimidad.

Hubo ocasiones en que abrió aquellas páginas buscando simplemente Palabra y terminó encontrando canción.

La lectura se convertía en adoración.

Y Alberto tomaba el teléfono.

Otra vez: grabar.

Con el tiempo los teléfonos cambiaron. Las grabaciones no.

Alberto conservaba los archivos.

Algunos tenían ruidos. En otros podían escucharse voces alrededor, el ambiente cotidiano e incluso los ladridos de aquella inquieta perrita que había formado parte de la vida familiar.

No importaba.

No eran productos terminados.

Eran testigos.

La primera huella de una canción.

Maira aprendió a reconocer el proceso.

A veces Alberto aparecía con el teléfono en la mano.

—Escucha esto.

Ella sabía lo que significaba.

Maira escuchaba. A veces sonreía. Otras decía:

—Esa guárdala bien.

—Todas las estoy guardando.

Y era verdad.

En ocasiones eran despertados antes incluso de la hora habitual de oración por melodías, coros y oraciones que terminarían formando canciones.

El archivo creció.

Una canción. Otra. Otra más.

Decenas. Luego muchas decenas.

Alberto podía regresar a determinadas fechas y escuchar nuevamente no la versión final, sino el nacimiento: una respiración, una frase, una voz buscando la siguiente nota.

El proceso tenía historia. Tenía fechas. Manuscritos. Archivos.

El 1 de mayo de 2018 no era una fecha escogida años después para embellecer el relato. Estaba allí, en los registros, como una puerta.

Las composiciones se convirtieron en una especie de diario.

Una canción podía recordarle una etapa de profunda intimidad. Otra, una lucha. Otra, una Escritura. Otra, un tiempo de gratitud. Otra había nacido durante un viaje, trabajando, en la madrugada o frente a una Biblia abierta.

Los documentos mostraban esa continuidad. En julio de 2018 ya aparecía Mi testimonio - Salí del mundo, una canción abiertamente autobiográfica sobre liberación y transformación. En diciembre del mismo año quedó fechada Bendito, yo te necesito.

En 2019 llegaron, entre otras, Isaías 25 y Avívanos. En 2020 quedaron registrados Alúmbrame y Un nuevo comienzo. En 2021 apareció Naciste en mí. Y el 9 de abril de 2022, en su provincia natal, quedó documentada la improvisación de El Encuentro junto a Iván a la guitarra.

No era una cronología inventada después para ordenar el relato. Eran hojas, fechas y grabaciones que habían ido quedando mientras la vida ocurría.

Maira formaba parte de aquel archivo aunque su voz no apareciera en todas las grabaciones. Estaba detrás de muchas experiencias que terminaron convertidas en letra.

PiedraVivaWorship-GP no podía entenderse únicamente como la historia musical de un hombre.

Había detrás un matrimonio. Una familia. Décadas.

Con el tiempo el número de composiciones se acercó a las doscientas.

No todas tenían el mismo peso. Algunas eran más fuertes, otras más sencillas. Algunas necesitaban trabajo. Otras parecían haber nacido listas.

Pero todas formaban parte del camino.

Entonces surgió un problema hermoso:

¿Qué hacer con ellas?

Comenzó otra etapa: producción, grabación, edición, publicación y aprendizaje.

Alberto tuvo que aprender herramientas, formatos, videos, imágenes, plataformas, títulos, descripciones e idiomas.

Después de emigrar geográficamente, descubrió que también podía emigrar tecnológicamente.

Poco a poco apareció una identidad:

PiedraVivaWorship-GP.

Una casa para las canciones.

Algunas comenzaron a publicarse. Otras permanecieron esperando. Y un grupo considerable siguió guardado, inédito, como aquellas primeras grabaciones de celular.

Alberto no sentía urgencia por publicar todo.

Había aprendido que no toda semilla necesita salir a la superficie el mismo día.

Entonces apareció la idea del libro.

No primero como estrategia comercial.

Como memoria.

Había demasiadas historias que podían perderse: la infancia, el miedo, la ruptura, la prisión, aquella página conservada durante un año y cuatro meses, la enfermedad, las misioneras, las lágrimas, Maira, el altar, los hijos, la provisión, los viajes, las despedidas, Uruguay, Estados Unidos, las canciones.

El libro y la música dejaron de parecer dos proyectos separados.

Eran la misma historia contada en dos idiomas diferentes.

Palabra escrita.

Y música.

Algunas experiencias necesitaban prosa. Otras parecían pedir melodía. Y algunas necesitaban ambas.

Fue entonces cuando Alberto imaginó una posibilidad que lo entusiasmó: que el lector pudiera escuchar.

Una página. Un código. Una puerta pequeña. Detrás, una canción.

Quizá una ya publicada. Quizá otra que nadie hubiera escuchado todavía.

Maira entendió la idea.

—Sería como regalarles parte de la historia.

Exactamente.

Un regalo.

No un anuncio.

Comenzaron entonces a pensar en las canciones de otra manera. No bastaba con que un título pareciera adecuado: la letra, la atmósfera y la historia de la composición debían dialogar con el capítulo.

Un nuevo comienzo tenía un lugar evidente junto al capítulo de la emigración, no porque hubiera nacido de una mudanza, sino porque proclamaba algo más profundo: que el verdadero comienzo nuevo estaba en Cristo, una convicción nacida años antes en una oración por su hija.

El Eco estaba en el centro de todo. Su letra regresaba a la prisión, a la ideología, a las decisiones propias, a las cadenas y a la libertad que Alberto atribuía a Jesucristo.

En 2024 la canción comenzó también a viajar en inglés. Primero hubo una versión muy cercana al texto español. Después apareció una adaptación más rítmica, juvenil y americana. No eran traducciones idénticas: eran ecos distintos de la misma experiencia.

Para Alberto aquello resumía buena parte del camino. Una historia vivida en español podía alcanzar otra lengua sin dejar de pertenecerle.

Y había otra dimensión que Alberto no quería perder: la música ya había comenzado a pasar de generación en generación.

Conservaba cuatro grabaciones familiares realizadas junto a su hijo mayor, Iván, cuando todavía estaba aprendiendo guitarra. No eran sesiones profesionales. Alberto cantaba; Iván buscaba los acordes; había vacilaciones, repeticiones y momentos completamente espontáneos.

Esas cuatro canciones formaban casi una pequeña cronología compartida: Avívanos, de 2019; Alúmbrame, de 2020; Naciste en mí, de 2021; y El Encuentro, de 2022.

Con el tiempo varias de aquellas composiciones tomaron dos caminos musicales. Iván animaba una lectura más juvenil, rítmica y contemporánea. Alberto conservaba también una forma más adulta, íntima y devocional de adorarlas. No eran versiones enemigas. Eran dos sensibilidades dentro de una misma familia.

Una de aquellas grabaciones, Naciste en mí, terminaría atravesando una tercera generación.

El nieto mayor tendría alrededor de seis años cuando escuchó a su padre con la guitarra y a su abuelo cantando aquella melodía en casa.

Meses después, durante una audición para ingresar en una escuela de música, le preguntaron si sabía alguna canción que quisiera cantar. Su padre se sorprendió: no sabía que aquella pregunta formaría parte de la prueba.

El niño respondió que sí.

Y cantó Naciste en mí.

La misma canción que había escuchado nacer dentro de su familia.

El niño ingresó en la escuela de música. Con doce años seguía allí y tocaba clarinete.

Alberto no necesitaba afirmar que una canción había determinado su vocación. La escena era suficientemente hermosa sin exagerarla: el abuelo cantaba, el padre tocaba la guitarra y el niño escuchaba. Cuando le pidieron escoger una canción, buscó dentro de sí y encontró una nacida en su propia casa.

Alberto había regalado Naciste en mí a su hijo. Con el tiempo la canción también sería publicada. Pero antes de llegar a una plataforma había ocurrido algo quizá más importante: había atravesado una sala familiar, las manos de un hijo sobre una guitarra y la memoria de un niño.

El Encuentro mostraba otra clase de herencia. Su primera versión, fechada el 9 de abril de 2022, había sido una improvisación con Iván a la guitarra. Después atravesó una etapa intermedia y una primera producción desarrollada. Finalmente, en 2026, alcanzó una forma más amplia y cinematográfica bajo el nombre Cabalgando en pos de ti, dentro de la serie Poderosos Cantos Apocalípticos.

Escuchar aquellas etapas era escuchar no solo la evolución de una canción, sino la distancia de una vida. La primera mostraba de dónde había salido. La última, hasta dónde había llegado.

Avívanos y Alúmbrame conservaban también esa doble memoria: la toma familiar junto a Iván y las reinterpretaciones posteriores, unas más juveniles y otras más cercanas a la manera adulta de adorar de Alberto.

Por eso Alberto comenzó a considerar aquellas cuatro grabaciones familiares como fotografías hechas de sonido.

La voz de un padre. Las primeras cuerdas de un hijo. Una casa. Un momento que ninguno sabía que algún día tendría importancia.

Y detrás de todo continuaba apareciendo una palabra:

Eco.

El eco de los pasos por la casa de su infancia.

El eco de la voz de su madre.

El eco de los tambores que le producían temor.

El eco de Martí pronunciado por dos niños jugando.

El eco de una radio que llegaba desde algún lugar desconocido.

El eco de una puerta cerrándose después de una separación.

El eco de los errores repetidos de una generación a otra.

Pero también otros.

El eco del teléfono que sonó pocos minutos después de una oración.

El eco de los hijos riendo alrededor de un horno.

El eco del muchacho llamando porque el árbol de aguacate tenía frutos.

El eco del llanto de Ismaría.

El eco de aquella voz de barítono que Alberto no sabía que llevaba dentro.

Y ahora el eco de sus propias canciones viajando hacia casas que jamás visitaría.

Una tarde abrió algunas grabaciones antiguas. Su voz sonaba diferente. El teléfono también. En algunas se escuchaba ruido de fondo.

Sonrió.

No quiso corregir nada.

Aquellas imperfecciones eran parte de su valor.

Eran prueba de origen.

Pensó en sus descendientes.

Algún día un nieto podría escuchar la voz más joven de su abuelo, encontrar una hoja manuscrita o abrir este libro.

Y comprender que las historias familiares no comienzan con nosotros.

Nosotros entramos en ellas.

Recibimos cosas.

Algunas debemos conservar.

Otras debemos detener.

Y después entregamos algo a quienes vienen.

Durante años Alberto había pensado principalmente en aquello que no quería transmitir: divorcio, dureza, silencio, infidelidad, miedo.

Ahora comprendía que romper una herencia era solo la primera mitad del trabajo.

Había que sembrar otra.

Fe. Responsabilidad. Perdón. Trabajo. Música. Memoria. La capacidad de comenzar de nuevo.

Una noche se acercó a la ventana.

Otra vez la imagen del niño junto a una radio distante.

Si hubiera podido hablarle, quizá solo le habría dicho:

—Sigue escuchando.

Porque algunas cosas tienen que ser vividas antes de adquirir significado.

—Sigue escuchando. Algún día la música también saldrá de ti.

Alberto abrió los ojos.

Pensó en el 1 de mayo de 2018. En el teléfono. En la primera grabación conservada.

El niño de la radio lejana había terminado grabando su propia voz.

El hombre que durante años había intentado esconder sus emociones ahora almacenaba canciones nacidas de ellas.

El hijo de una familia quebrada había construido durante décadas una familia con Maira.

El emigrante había descubierto que una melodía podía viajar más fácilmente que cualquier persona.

Entonces comprendió finalmente el verdadero significado de la palabra.

Eco.

No era simplemente un sonido que repetía lo mismo.

Era algo que salía de un lugar, encontraba distancia y regresaba transformado.

Así había ocurrido con su vida.

El pasado seguía allí, pero ya no tenía la misma voz.

La prisión no era la última palabra.

El fracaso no era la última palabra.

El miedo no era la última palabra.

La separación tampoco.

Había otra voz atravesándolo todo.

Libertad.

Las historias recogidas en estas páginas tampoco pretendían enumerar todo cuanto Alberto y Maira habían vivido. Eran algunas de las experiencias que mejor explicaban una vida de oración, provisión, sanidad, servicio y testimonio, tal como ellos la comprendían desde su fe.

El libro estaba llegando al final.

La música no.

A esa altura la selección ya empezaba a definirse: El Eco como pieza central; Te vi Jesús junto al desierto; Bendito, yo te necesito junto a uno de los testimonios de sanidad; Un nuevo comienzo junto a la migración; Naciste en mí como legado generacional; y El Encuentro - Cabalgando en pos de ti como ejemplo de una canción que creció con los años.

Isaías 25, Cantares, Mujer de Dios, Avívanos y Alúmbrame quedaban como puertas complementarias hacia la Escritura, el matrimonio y el archivo familiar. No todas necesitaban ocupar el mismo espacio. La curaduría debía servir a la historia, no competir con ella.

Detrás de las últimas páginas quedaría una puerta abierta: canciones que el lector podría escuchar. Algunas conocidas. Otras todavía guardadas. Quizá incluso una grabación familiar, conservada tal como nació.

Y entre ellas, en el lugar correcto, sonaría El Eco.

Entonces el círculo estaría completo.

Una ventana. Una voz. Una melodía atravesando la distancia.

Solo que esta vez no llegaría hacia Alberto.

Saldría de él.

Hacia alguien que todavía no conocía.

Quizá hacia otro país.

Quizá hacia otra generación.

Quizá hacia la persona que acababa de terminar esta página.

Y ya no sería el eco del temor.

Sería, finalmente,

El Eco de la Libertad.

EPÍLOGO

EL ECO CONTINÚA

Cuando Alberto miraba hacia atrás, ya no veía una línea recta.

Veía una serie de caminos que durante mucho tiempo parecieron no tener relación entre sí.

Una casa grande y un niño atento al sonido de los pasos.

Una madre severa.

Un padre contando historias.

Una ruptura.

Una primera familia que no consiguió permanecer.

Una prisión y una página doblada muchas veces entre las manos.

Dos misioneras frente a una puerta.

Una Biblia.

Maira.

Las cinco de la mañana.

Los hijos.

Una mesa.

Un árbol de aguacate.

Una llamada telefónica.

Una madre que, casi al final de su camino, decidió cambiar de dirección.

Maletas.

Uruguay.

Estados Unidos.

Y canciones.

Muchas canciones.

Durante años Alberto había querido comprender por qué algunas cosas le habían ocurrido. Con el tiempo cambió la pregunta.

Ya no necesitaba entender cada episodio.

Necesitaba decidir qué haría con él.

Esa decisión terminó siendo una de las formas más concretas de la libertad.

No podía cambiar la infancia. Podía impedir que la dureza fuera la única herencia.

No podía borrar sus errores. Podía reconocerlos y vivir de otra manera.

No podía garantizar que sus hijos y nietos nunca sufrirían. Podía dejarles una casa interior hecha de memoria, fe, responsabilidad, trabajo, perdón y música.

Maira había aprendido lo mismo a su manera.

Ella también venía de rupturas. También había conocido el peso de sostener una familia cuando parecía faltar demasiado. También había debido empezar de nuevo en otras tierras.

La historia de Alberto nunca fue solamente la historia de Alberto.

Fue la historia de dos personas que decidieron permanecer y de una familia que aprendió, no sin tropiezos, que una herencia puede ser interrumpida y otra puede ser sembrada.

Quizá por eso el altar de las cinco de la mañana terminó siendo uno de los símbolos más sencillos del libro.

No porque todas las madrugadas trajeran milagros.

La mayoría no los traía.

Pero cada madrugada repetía una decisión:

volver.

Volver a Dios.

Volver el uno al otro.

Volver a nombrar a los hijos.

Volver a agradecer.

Volver a pedir perdón.

Volver a esperar.

Una vida se construye también así: repitiendo durante años ciertas decisiones pequeñas hasta que terminan convirtiéndose en carácter.

Ahora el lector llega al final de estas páginas, pero no al final de la historia.

Las canciones continúan.

Los hijos continúan.

Los nietos continúan.

Las personas alcanzadas por un testimonio continúan.

Y cada una decidirá qué hacer con lo recibido.

Esa es quizá la pregunta que queda abierta:

¿qué ecos merecen terminar contigo y cuáles merecen seguir después de ti?

Alberto y Maira no responderían esa pregunta por nadie.

Solo podrían contar la suya.

Habían recibido miedo y aprendieron a buscar paz.

Habían recibido ruptura y lucharon por permanencia.

Habían recibido silencios y terminaron dejando canciones.

Y cuando el pasado intentaba regresar con su antigua voz, podían reconocerlo sin permitirle gobernar el futuro.

Eso era libertad.

No ausencia de memoria.

Una memoria transformada.

Un eco que ya no obliga a repetir.

Un eco que puede convertirse en testimonio.

Pero Alberto y Maira no querrían cerrar estas páginas sin decir aquello que para ellos era esencial.

Este libro no había nacido solamente para preservar recuerdos.

Había también un pacto íntimo: que el testimonio y las canciones pudieran señalar hacia Jesucristo y servir, si Dios así lo permitía, para que otra vida encontrara esperanza y salvación en Él.

Por eso, si quien lee estas páginas todavía no conoce a Jesús, Alberto quisiera dejarle una invitación sencilla:

Búscalo.

Háblale con sinceridad.

Abre las Escrituras y acércate a Él tal como estás.

Alberto no promete una vida sin enfermedad, pérdida, preguntas o desiertos. Su propia historia diría lo contrario.

Lo que sí afirma, desde lo que él y Maira creen haber vivido, es que han visto sanidades, provisiones, restauraciones y respuestas que atribuyen a la misericordia de Dios; y, por encima de todo, han conocido el poder de una vida transformada por la fe en Jesucristo.

Para ellos la fe nunca fue una manera de controlar a Dios.

Fue aprender a confiar en Él.

También cuando no entendían.

También cuando la respuesta tardaba.

También cuando el camino dolía.

Si en tu corazón nace hoy el deseo de comenzar, no necesitas palabras perfectas. Puedes hablarle a Dios con las tuyas.

Puedes decirle, con sinceridad:

«Señor Jesús, te necesito. Reconozco mi pecado y mi necesidad de Ti. Creo en Ti y pongo mi vida en tus manos. Perdóname, enséñame a seguirte, transforma mi corazón y guíame desde hoy. Amén.»

Después, sigue buscando. Lee la Palabra. Ora. Acércate a una comunidad cristiana sana donde puedas crecer, aprender y servir.

Alberto y Maira no pueden decidir la fe por nadie.

Pero sí pueden contar lo que encontraron.

Y si una sola persona, después de atravesar estas páginas, decide volver su corazón hacia Jesucristo, una de las razones más profundas de este libro habrá encontrado destino.

Y mientras alguien, en alguna casa, abre estas páginas o escucha una de aquellas canciones, el camino continúa.

La melodía cambia de lugar.

La historia encuentra otra voz.

Y el eco vuelve a viajar.

PiedraVivaWorship-GP

La edición multimedia incorporará los accesos QR cuando concluya la curaduría definitiva de audios y se establezcan enlaces estables para la Sala del Lector. Las versiones familiares originales se preservarán como archivo documental, aunque no todas se publiquen.

MAPA MUSICAL DE LA EDICIÓN MULTIMEDIA

Anexo editorial de trabajo - no forma parte del cuerpo final del libro. Selección musical en curaduría.

El Eco - pieza central del libro; español como eje, versiones inglesas como expansión internacional.

Te vi Jesús - vínculo directo con el capítulo 7, El Desierto y la Majestad.

Bendito, yo te necesito / Nadie es como Tú, Jesús - vínculo con el capítulo 10 y el testimonio del traslado al hospital pediátrico.

Un nuevo comienzo - nacida como oración por la hija de Alberto; en el capítulo 12 reaparece como testimonio de que el nuevo comienzo verdadero está en Cristo.

Naciste en mí - legado de tres generaciones; prioridad para la toma familiar Alberto + Iván.

El Encuentro / Cabalgando en pos de ti - secuencia de evolución: origen familiar, procesos intermedios y versión expandida.

Isaías 25, Isaías 41 y Cantares - canciones nacidas o desarrolladas directamente desde la Escritura.

Mujer de Dios - memoria matrimonial dedicada a Maira.

Avívanos y Alúmbrame - archivo padre-hijo; conservar lectura juvenil y lectura adulta/devocional cuando ambas aporten identidad.

Pendiente: seleccionar las versiones definitivas, verificar archivos duplicados, decidir cuáles serán públicas o exclusivas y generar los QR solo cuando existan URLs estables.